

todo el Mediodía de la Francia (1). Pero no comprendemos este malhadado celo de ciertos católicos franceses de disputar á su país la gloria de haber recibido la fe cristiana por las dos mujeres más santas del Evangelio, á quienes el Hijo de Dios honró con las mayores demostraciones de su bondad.

Orígenes, San Juan Crisóstomo y Haymon hablan de muchas mujeres de esta misma época que eran *ministros de la Iglesia*, y que por su celo habian llegado á merecer el glorioso título de apóstoles; que continuaban, del modo que podian hacerlo, la obra de los apóstoles y de los evangelistas, y que predicaban por las casas, especialmente á las personas de su sexo (2).

§ V. — Otras glorias de la mujer cristiana del tiempo de los apóstoles. — Vida de la mujer cristiana en la misma época, segun Tertuliano. — El mismo Jesucristo le encargó el cuidado temporal de la Iglesia. — Cómo cumplieron entónces ciertas mujeres cristianas esta mision. — Las mujeres de la primitiva Iglesia se ocupaban en la misma época, con un admirable éxito, en convertir á los paganos. — La santa industria de su celo para penetrar en las prisiones y sostener y consolar á los mártires.

Mas ved aquí otras glorias de la mujer cristiana en la misma época de los apóstoles.

Habiendo estallado las primeras persecuciones contra los cristia-

(1) «Ciertas tradiciones existen en esas provincias, tradiciones piadosas, trasmitidas de siglo en siglo por los monumentos y las leyendas. Estas tradiciones refieren que Marta y Lázaro, el resucitado del sepulcro, y Maria Magdalena, que habian vivido con Jesucristo y escuchado sus divinas palabras, abandonando la Palestina, arribaron á las playas de la Provenza para anunciar allí la fe nueva. Todas las comarcas del Mediodía están llenas de estas mismas tradiciones. En el glorioso municipio de Arlés (que fué capital del Imperio) aun en el día de hoy se arrastra la *Parrasca*, horrible monstruo que Santa Marta venció en su viaje por el Ródano, imágen del paganismo abatido ó de algunas calamidades que asolaban la comarca. En Marsella todos los años las corporaciones, los sacerdotes y el pueblo llevan en procesion el busto de oro de San Lázaro, primer obispo de la antigua ciudad. En tiempo de la caballeria se iba á visitar la gruta donde la Magdalena arrepentida se habia retirado para llorar sus pecados; santa leyenda de amor de la Edad Media. Francisco I hizo dos veces esta peregrinacion.» (Capefigue, *Los cuatro primeros siglos de la Iglesia cristiana*, tomo I, pág. 11.) Ved aquí un escritor lego que da á ciertos teólogos una leccion en regla del respeto que se debe á las piadosas tradiciones de los pueblos cristianos.

(2) «Diximus haberi feminas in Ecclesia ministras..... quæ per bona offi-

nos, Santa Pudenciana y Santa Práxedes se encargaron de ocultar á los fieles perseguidos, de visitarlos y alimentarlos en los calabozos, de animarlos en medio de los tormentos, de reunir sus reliquias, de recoger su sangre y enterrar sus cuerpos; y ellas tambien alimentaban al mismo tiempo á los pobres, cuidaban á los enfermos y proveian á todas las necesidades de la Iglesia (1); y siendo las primeras y las verdaderas hijas de la Iglesia, por su docilidad y su obediencia á la Iglesia, fueron las primeras y las verdaderas madres de la infancia de la Iglesia, por la generosidad y la constancia de su afecto, por la ternura de su amor á todos los cristianos, á todos los miembros de la Iglesia.

¿Quereis saber cuál fué la vida de las mujeres cristianas en los primeros siglos del Cristianismo? Tertuliano nos lo va á decir. Procurando retraer á toda mujer cristiana de casarse con un pagano, é indicándole lo que no le era permitido hacer en un matrimonio semejante, nos ha dicho lo que ella debia hacer, y lo que hacia en efecto. «La esposa fiel, dice, está obligada á observar la ley de Dios. Pues bien; unida á un esposo que no la respeta, ¿cómo podrá servir á un mismo tiempo á Dios y á su esposo? Por deferencia á éste será necesario que ella siga las costumbres profanas, que consienta en los atavíos y en todas las vanidades mundanas, que se haga esclava de sus lúbricos caprichos, y que, para agradarle, profane la santidad del lecho nupcial. ¿Dónde encontrará ella el tiempo necesario para dedicarse á los ejercicios de la piedad cristiana, esclavizada por un señor que la arrastra donde quiere? ¿Irá ella con su permiso á asistir á sus hermanos, los cristianos pobres, á visitar á los indigentes; abandonará de noche el lecho para ir á participar de la celebracion de la Pascua, ya sea en la mesa del Señor (en la sagrada Eucaristía), ya sea en nuestros *ágapes* (2) fraternales, que el pa-

cia ad apostolicam laudem meruerunt pervenire.» (Orig.) «Hæc apostolorum et evangelistarum cursum suscepit.» (Crysóstomo.) «Hæc laborabat, officium prædicationis feminis impendens.» (Haymon.)

(1) «Præxedes, virgo romana, Pudencianæ virginis soror, Marco Antonio imperatore christianos persequente, eos facultatibus, opera, consolatione, et omni charitatis officio, prosequatur. Nam alios domi occultabat, alios ad fidei constantiam hortabatur, aliorum corpora sepeliebat: iis qui in carcere inclusi erant, et qui in ergastulis exercebantur, nulla re dearat.» *Brev. Rom.*, 21 Jul.)

(2) Comida ó ceremonia de los primeros cristianos en las iglesias.

gano no conoce más que por las calumnias? ¿Qué marido pagano consentiría esto? ¿Hay alguno que permita á su mujer que descienda á los calabozos para besar las cadenas de los santos confesores, lavarles los piés, dar y recibir el beso de paz, cumplir todos los deberes de hospitalidad con los extranjeros, obligaciones todas que nos exponen al odio de los infieles? Vedla, pues, reducida á la peligrosa alternativa de violar su fe disimulándola, ó de turbar la paz doméstica excitando las sospechas y las persecuciones de su esposo. Y ¿cómo podréis ocultar á su curiosidad los signos de la cruz que imprimís en vuestro cuerpo y en vuestro lecho? ¿Cómo ocultar á su vista lo que tomáis secretamente (la sagrada comunión) ántes de todo alimento? ¿Podrá ella pronunciar en voz alta el nombre de Dios, invocar en alta voz á Jesucristo y buscar el alimento de su fe en la lectura de la Escritura Santa? ¿Podrá ella, como mujer cristiana, ir á la iglesia para recibir el Espíritu Santo, para encontrar el refrigerio de su alma y obtener la bendición de Dios? ¿No se encontrará, por el contrario, entre objetos que le son extraños, entre objetos hostiles á la religion, objetos condenados, inventados por el genio del mal para hacerle difícil su salvacion?» (*Ad uxorem*, lib. II, cap. VI.)

Así, pues, segun este notable testimonio, la vida de la mujer cristiana en la primera época del Cristianismo, áun en el estado del matrimonio, no era otra cosa que una vida dividida entre la práctica de la religion y las obras de la caridad; no era más que una vida de fe con respecto á Dios, y de devocion con respecto á la Iglesia.

En los libros santos se dice: «Donde no está la mujer, gime el enfermo: *Ubi non est mulier, ingemiscit æger.*» (*Eccl.*, xxxvi.) Esto significa que el ministerio y el cuidado de la mujer para el alivio de las miserias del cuerpo es tan necesario como el ministerio y el cuidado del sacerdote para el alivio de las enfermedades del alma.

Pues bien; Jesucristo, en su inefable ternura por la Iglesia, su esposa y su obra, queriendo proporcionarle toda clase de auxilios y de consuelos durante su peregrinacion sobre la tierra, le proporcionó y le aseguró los cuidados afectuosos de la mujer. Y así como en el orden espiritual dió á sus ministros y á sus doctores el encargo de ilustrar siempre á la Iglesia con la luz divina, de que son depositarios, y de santificarla con la gracia divina, de que son

dispensadores, de la misma manera en el orden temporal dió á la mujer cristiana el encargo de socorrer á la Iglesia en su pobreza, de asistirle en sus necesidades y de consolarla en sus padecimientos y en sus dolores. Y así como la Iglesia ha tenido y tendrá siempre en su cabeza, en sus obispos, en sus sacerdotes y en sus doctores unos verdaderos padres respecto al ministerio de las almas, así tambien ha tenido y tendrá siempre en las mujeres verdaderamente católicas unas verdaderas madres respecto al alivio de los cuerpos.

En efecto, el espíritu de amor y de ternura maternal respecto á la Iglesia, de que Pudenciana y Práxedes dieron las primeras el ejemplo por medio de las obras, no se extinguió con ellas; ha sobrevivido á ellas, y no se extinguirá jamas en la Iglesia hasta el fin del mundo.

Flavia Domitila, Martina, Susana, Cecilia, Prisca y Lucina caminaron por sus mismos vestigios. Estas nobles almas, lo mismo que otras muchas vírgenes heroicas ó santas viudas, tan ilustres por las virtudes del Cristianismo como por las ventajas del nacimiento, de la riqueza y de la belleza, se señalaron tambien por la generosidad y la constancia de su afecto en socorrer y servir á la Iglesia. Ellas tambien ofrecieron sus casas para que en ellas se edificasen templos al Señor (1). Ellas tambien se despojaron de cuanto poseian, para dotar y enriquecer á la Iglesia (2).

Santa Anastasia alimentó con sus bienes y sostuvo con sus exhor-

(1) La iglesia de Santa Cecilia es su antigua casa. La iglesia de San Marcelo es la casa de Santa Lucina, que esta grande señora, cuyo nombre es tan célebre en la Iglesia, cedió al mismo santo Pontifice para que en ella edificase un templo. Lo mismo puede decirse de la mayor parte de las iglesias antiguas de Roma.

(2) «La Iglesia recibia ofrendas secretas y propiedades por testamento ó por donacion entre vivos. Priscila y Lucina, nobles señoras romanas, fueron las dos discípulas más fervorosas del papa Marcelo. La una fundó el cementerio cristiano, que conserva su nombre, junto á la via Salaria, tan lleno de sepulcros con los signos visibles de la fe, melancólicos vestigios de aquel tiempo.—¿Cuál es el piadoso viajero que va á Roma y no visita el cementerio de Santa Lucina?—La otra dió todos sus bienes á la Iglesia, como á la madre comun, para el alimento de sus pobres y el ornato de sus altares. Estos son los dos primeros testimonios auténticos de las donaciones piadosas hechas á la sociedad general y fraternal de los cristianos.» (Capefigue, *Les quatre siècles*, etc., tomo II, pág. 246.) Y estas donaciones fueron hechas por mujeres.

taciones por espacio de dos años al mártir San Crisógono, encerrado en un calabozo (1); encomendándose continuamente á sus oraciones para poder triunfar ella tambien de los horribles padecimientos que le esperaban por permanecer fiel á Jesucristo. Se ve, pues, que aquellos santos héroes de la fe nada se atribuian, nada se prometian de sus propias fuerzas, sino que esperaban de lo alto la virtud sobrenatural, que debia hacerlos grandes en el combate; así se ayudaban ellos con las oraciones, las exhortaciones y los mutuos ejemplos; y muchas veces las mujeres aparecieron más fuertes y más admirables que los hombres. Una mujer fué quien ocultó en su casa por espacio de tres meses al gran sacerdote y mártir San Félix de Nola. (*Brev. Rom.*, 4 Jun.) Pero al mismo tiempo que aquellas humildes siervas, aquellas tiernas madres de la Iglesia la asistian con sus cuidados, no dejaban de contribuir á propagarla y á ilustrarla con la actividad de su celo y el heroísmo de su fe.

Tertuliano decia á los paganos: «Ya veis que, á pesar de vuestra injustia, de vuestro furor y de vuestra brutalidad en perseguirnos, nos hemos introducido en todas partes: nosotros estamos en el palacio de los emperadores, en el Senado, en el foro y en la milicia; nosotros no os hemos dejado más que los lugares infames y los templos de los ídolos. En ellos únicamente es donde no encontraréis á los cristianos.» Nada era más cierto; pero no se ha notado lo bastante que esta propagacion tan extensa y tan rápida del Cristianismo, en Roma y en todo el mundo, que causaba la admiracion y la desesperacion del paganismo, fué en gran parte obra de las mujeres.

Los ministros sagrados de la divina palabra no siempre podian anunciarla en público, y debiéndose limitar á ciertas predicaciones parciales y secretas, en sus prisiones ó en las casas particulares, no tenian accion directa sobre la masa del pueblo, ni llegaban á los hombres sino por medio de las mujeres. Éstas eran generalmente las primeras que se convertian, y convertidas, atraian en pos de sí un gran número de hombres. Ellas eran las primeras que revelaban la religion de Jesucristo á sus esposos, á sus hijos y á sus hermanos; que excitaban en ellos el deseo de oír una explicacion más

(1) «Romæ inclusus in carcere, ibi, biennio, sanctæ Anastasiæ facultatibus vixit.» (*Brev. Rom.*, 24 Nov.)

extensa del Cristianismo, y de este modo los llevaban á los piés de los pontífices y de los ministros de la Iglesia.

Puede decirse tambien que este espíritu de celo en convertir los paganos al Cristianismo, y á formar de ellos mártires de Jesucristo, ha sido uno de los caracteres propios de las mujeres mártires de nuestra religion.

Generalmente sus palabras eran tan poderosas y sus instrucciones familiares tan completas, que cuasi no quedaba que hacer otra cosa al sacerdote que recibir en la Iglesia aquellas conquistas del celo de la mujer, y administrarles el bautismo.

De una sola vez presentó Santa Pudenciana á San Pio noventa y seis personas. Estos eran hombres y mujeres á quienes ella habia convertido é instruido tan bien, que el santo Pontífice no tuvo que hacer más que bautizarlos (1).

Santa Martina era diaconisa titular de la iglesia que conserva todavía su nombre en Roma. En cualidad de tal, se ocupó de la conversion de los idólatras, y convirtió un gran número de ellos (2); y este celo le proporcionó la corona del martirio, que unió á la corona de la virginidad y á la del apostolado.

Flavia Domitila, vírgen romana, sobrina de los emperadores Tito y Domiciano, apénas fué bautizada por San Pedro, cuando se apoderó de ella el pensamiento de convertir á su madre Plautila, á las dos vírgenes Teodora y Eufrosina, sus hermanas de leche, y á los dos hermanos Nereo y Aquileo, sus domésticos, y hacerlos bautizar por el mismo apóstol. Deseosa de agradar más á Jesucristo, se habia consagrado á Él por el voto de virginidad, y habia recibido el velo de las vírgenes de manos de San Clemente, discípulo de San Pedro. Habiéndola pedido en matrimonio Aureliano, hijo del cónsul Aurelio, y negándose la vírgen, la acusó como cristiana, y la hizo desterrar á una isla con toda su familia; pero habiendo convertido la noble vírgen su destierro en una mision evangélica respecto á los habitantes de la isla, fué trasladada á Tarracina. Habiéndosele preparado allí una muerte horrible á ella y á todos los cristianos que estaban en su compañía, la muerte por el fuego, con

(1) «Ejus opera, tota ejus familia, in qua erant nonaginta sex homines á Pio pontifice baptizata est.» (*Brev. Rom.*, 19 Maii.)

(2) «Martina, cum diaconisa esset, multos ab idolis avocavit.» (*Ad. Assemani Hist.*)

que habian rodeado su casa, ella sostuvo con sus palabras y con su ejemplo el valor de aquella santa congregacion de neófitos, y la convirtió en una legion de mártires gloriosos, á quienes precedió, como jefe, en el camino del cielo, con la doble palma de la virginidad y de la confesion. (Rivadeneira.)

Parece que este martirio de una parienta de los emperadores causó mucho eco en todo el Imperio, y el nombre de Santa Flavia Domitila apareció en la Iglesia rodeado de una gloria especial; porque San Jerónimo refiere que, tres siglos despues, Santa Paula, aquella gran matrona romana, de quien trataremos despues, en su viaje á Oriente, quiso arribar á la isla del destierro de Santa Domitila para venerar los lugares que la Santa habia santificado y hecho ilustres por el esplendor de sus obras y la constancia de su martirio. Es tambien de notar que, bajo la advocacion de Flavia Domitila y de los Santos Nereo y Aquileo, fué erigida una basilica en su nombre, poco tiempo despues de su gloriosa muerte, y que en ella fueron depositados sus cuerpos, que se encontraron intactos entre las cenizas de la casa, y en la que San Gregorio el Grande predicó una de sus más bellas homilias (Hom. xvii, *in Evang.*) en el aniversario de su santa muerte.

Santa Anastasia, la más jóven, aquella mujer admirable que supo conservar la virginidad en el matrimonio y la fe en un largo y penoso martirio por parte de su mismo esposo, y que despues de la muerte de aquel monstruo, dió á la Iglesia cuanto poseia, y se consagró á la obra de servir á los confesores de Jesucristo; aprisionada tambien por la misma causa que ellos, convirtió al Cristianismo en la misma prision á doscientos hombres y setecientas mujeres, y con sus exhortaciones y con el ejemplo de su valor en sufrir los más atroces tormentos los inflamó de tal manera en el amor de Jesucristo, que ni á uno solo de aquellos neófitos faltó la corona del martirio, y que, atada á un palo sobre un gran fuego, que la quemaba lentamente, sin ocuparse más que de exhortarlos á todos á la constancia en la verdadera religion, uno de ellos, llamado Eutiquiano, le dijo: «Madre, estad tranquila, nada temais; podrán separarme la cabeza del cuerpo, pero no podrán arrancarme á Jesucristo del corazon.» (Rivadeneira.)

Los mismos tiranos tributaron homenaje á la eficacia, á la gracia especial que Dios concedió á las palabras de la mujer cristiana para

animar á los hombres á sufrir los más horribles tormentos por Jesucristo. Habiendo oido que ciertas mujeres cristianas se mezclaban frecuentemente con las mujeres paganas encargadas del servicio de las prisiones; y que con sus fervorosas palabras aumentaban el valor y la firmeza de los mártires, prohibieron á todas las mujeres la entrada en las cárceles. Pero la caridad cristiana, tan ingeniosa como heroica, supo eludir esta precaucion cruel de la tirania. En la persecucion de Maximiano, al principio de la cual se hizo esta prohibicion, Santa Natalia, esposa del mártir San Adrian, se cortó los cabellos, se vistió de hombre, y de esta manera pudo continuar entrando en las prisiones de los confesores de Jesucristo y ejerciendo con ellos su mision de caridad y de celo, llevándoles el alimento del alma y el del cuerpo, consolándolos en sus padecimientos y afirmándolos en la constancia de su confesion. Habiendo seguido este ejemplo otras mujeres, se hizo comun. ¡Cuán hermoso era ver á las más ilustres señoras cristianas hacer el sacrificio de sus cabellos y cambiar su vestidura de matrona por la túnica grosera de los esclavos, para tener la felicidad de servir á los confesores de la fe (1)!

Los mártires Proto y Jacinto, eunucos de la noble virgen Santa Eugenia, fueron convertidos por ella al Cristianismo, y despues fueron dispuestos por ella misma para morir con tanto valor, que dieron un brillante testimonio de Jesucristo. (*Brev. Rom.*)

El gran mártir San Geminiano, con una numerosa multitud de mártires, fué convertido á la fe cristiana y á Jesucristo por el celestial entusiasmo de la fe y por la maravillosa constancia de que habia dado ejemplo Santa Lucia, viuda romana, en su cruel martirio; y ella fué la que, despues de haber hecho á esta multitud de héroes sus hermanos en la fe, los hizo sus compañeros en la corona del martirio (2).

(1) «Cum audisset vetitum esse feminis ne servirent martyribus, neque ad eos in carceribus aditus illis aperiretur, totondit capillos suos, et veste virili inducta carcerem ingresa, martyres suis officis recreavit. Quam postea secutæ sunt aliæ matronæ, habitu similiter ementito.» (A Lap., *in 1, Cor.*, vii.)

(2) «Lucia fidei et martyrii constantia Geminianum nobilem virum, ad Christum convertit, quem etiam, cum multis aliis ad fidem perductis, gloriosi martyrii comitem habuit.» (*Brev. Rom.*)

El mártir San Vito, cuya santidad, cuyos prodigios y cuya confesion tanto se celebra en la Iglesia, fué tambien convertido por una mujer. Su madre era cristiana; pero habiendo muerto cuando Vito estaba todavía en la cuna, Crescencia, su nodriza, dándole la leche de la fe, al mismo tiempo que la del cuerpo, lo hizo bautizar sin que lo supiese su padre, furioso idólatra, y le inspiró tal amor á la religion cristiana, que su padre, que se habia convertido en su acusador, en su tirano y en su verdugo, no pudo conseguir por ninguno de los medios de que se valió, que aquel héroe niño abjurase á Jesucristo. El celo infernal de Diocleciano no fué más feliz que el de su padre. Cuando Vito llegó á la edad de la juventud, burló la astucia de aquel monstruo, cansó su furor, y triunfó de todas las caricias con que el tirano quiso seducirle, y de los padecimientos crueles que le hizo sufrir. Crescencia habia sido ayudada por el santo hombre Modesto, preceptor del jóven mártir, para prepararle á los combates del Señor. Por esta razon, el tirano los asoció á su discípulo comun, les hizo participar de los mismos tormentos y les proporcionó la misma corona.

San Cipriano el Mágico (distinto del gran obispo y doctor de este nombre) fué convertido al Cristianismo por la ilustre virgen Santa Justina. Cipriano, que amaba con ardor á esta jóven, prodigio de belleza, se habia valido en vano de todos los maleficios de su arte para conquistar su amor y su mano, sin poder obtener que ella renunciase á la virginidad; por el contrario, la virgen cristiana, con sus oraciones á Dios y con sus irresistibles argumentos, consiguió que Cipriano renunciase á su magia y á su idolatría. Él no habia podido hacer de la virgen cristiana su esposa, y ella hizo de este mágico temible su hermano en la fe y su compañero en el martirio. (*Brev. Rom.*)

Los santos mártires Gervasio y Protasio habian sido educados en la religion cristiana, é inflamados en el deseo de morir por Jesucristo, por su santa madre, que, martirizada á vista de ellos en Milan, les habia dejado en herencia el martirio. (*Ibid.*)

Santa Dorotea, ilustre mártir de Cesárea, en Capadocia, aprisionada por Jesucristo, convirtió de nuevo á Jesucristo y trocó en mártires á sus dos hermanas, Crista y Calixta, que, siendo apóstatas del Cristianismo, habian sido enviadas para que la peryirtiesen y corrompiesen. (*Ibid.*)

Santa Sabina fué convertida al Cristianismo, é instruida en sus misterios y en sus leyes, por la santa virgen Serafia. (*Brev. Rom.*)

De Santa Daria, mártir, se dice que en Roma atrajo al Cristianismo una multitud innumerable de mujeres paganas, y que su esposo, que tuvo la dicha de participar de su martirio, ejerció su celo entre los hombres con el mismo éxito (1). Se refiere esto mismo de otra multitud de santas mujeres, la mayor parte de ellas vírgenes y mártires; parece que la mujer cristiana de aquellos tiempos se dedicaba de una manera activa al ministerio de la conversion de los infieles, y que unia en cierto modo el apostolado de la fe al apostolado de la caridad.

§ VI. — Los confesores de la fe son los trofeos de la victoria de Jesucristo sobre el mundo. — Por qué la misa se celebra sobre sus reliquias. — Las mujeres, desde el origen del Cristianismo, hicieron construir cementerios y conservaron en la Iglesia los preciosos tesoros de las reliquias de los mártires.

Pero ved aqui un importante servicio que las primeras mujeres cristianas hicieron á la Iglesia.

Jesucristo habia anunciado á sus apóstoles que Él venceria al mundo: *Confidete, ego vici mundum.* (Joan., xvi.) Esta profecia se cumplió. Él venció todas las pasiones del mundo, no sólo con su Persona, sino tambien con la persona de sus verdaderos discípulos, y especialmente de sus mártires. San Ambrosio, San Agustin y San Gregorio dicen que la victoria que los santos mártires, de que trataremos despues, alcanzaron sobre los horrores y las seducciones del mundo, no fué otra cosa que la victoria de Jesucristo. Los demas padres de la Iglesia dicen lo mismo, y la misma Iglesia canta diariamente que Jesucristo es el Rey glorioso de los mártires y la corona de los que le confesan, y que Él es quien triunfa en los mártires: *Ree gloriose martyrum, corona confitentium, tu vincis inter martyres* (*Hymnus Martyrum*). Por consiguiente, los cuerpos y las reliquias de los mártires son unas pruebas sensibles, unos testimonios históricos, y al mismo tiempo unos trofeos magnificos y glo-

(1) «Innumerabilem hominum multitudinem, hæc (Daria) mulierum, ille virorum ad Christum converterunt.» (*Brev. Rom.*)